

# NECROLOGÍA

MANUEL ALVAR LÓPEZ  
(1923-2001)

MARÍA VAQUERO  
Universidad de Puerto Rico

Atrás va quedando la sierra de Béjar. Pronto aparecerán los canchales, las jaras. Es denso el mediodía y brumoso el horizonte. El sol, implacable. Los dos viajeros, a las puertas de Extremadura, evocan otros días por los mismos caminos, mientras la radio, sin avisar, les congela las palabras. En Baños de Montemayor, parada y teléfono: Antonio Quilis confirma la noticia y el telediario nos devuelve, en aquella tarde de agosto, la imagen querida de nuestro Alvar. Vemos atónitos el documental y nada decimos. Al final del viaje —un viaje más, de peregrinos tercios por las tierras bien conocidas— queríamos ver a nuestro amigo en Chinchón, pero a Plasencia, ya, llegamos sin norte, y seguimos a Barajas. Manuel Alvar se nos había ido el día antes, el 13 de agosto del año 2001.

Nació en Benicarló (Castellón), el día 8 de julio de 1923, de padres aragoneses, y Zaragoza fue su ciudad. Allí fue niño, alumno de un “Instituto Goya” itinerante y eficaz, mozo descubridor de espacios urbanos, testigo de los desastres de la guerra e incansable visitador de las librerías de viejo, donde encontraría los dos primeros libros que compró en su vida<sup>1</sup>: *La gloria de D. Ramiro* y *Dos discursos y dos ensayos*. —¿Hay algo que sea casual?— El estudiante, en Larreta y Unamuno, escogía dos ecos bien distintos de la misma lengua que, ya por entonces, intentaba apresar en el Sopena de su casa, cuando “buscaba palabras y palabras que ignoraba. Eran tientos que nunca terminan y un camino que sólo acabará con los últimos pasos”<sup>2</sup>.

Del camino, junto a las palabras, nos ha ido dejando las personas y sus nombres, síntesis, cada una, de una etapa vital, de un ambiente, de un idea-

<sup>1</sup> Así lo cuenta él mismo en las primeras páginas, dedicadas al “Instituto Goya”, de su libro *El envés de la hoja*, Zaragoza, Institución “Fernando el Católico”, 1982, págs. 9-14.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 12.

rio, de una actitud; sin ellas, personas y palabras, sólo polvo en el horizonte y sombra en las ciudades. Nombres como el de D. José María Ramos Loscertales, profesor y amigo en sus años mozos de “Salamanca la blanca”, “porque al padre uno no lo elige, pero sí al maestro a cuya sombra se arrima”<sup>3</sup>. Su amistad con este aragonés de ojos insobornables, que paseaba su decoro sin alarde, empezó cuando, al llegar a la ciudad, en tiempos en que “aún se llevaba la buena crianza”, fue a visitarlo a su casa para presentarse como forastero. Años después, ante su ausencia, escribirá estas palabras al hablar de sí mismo: “...y ahora piensa que Salamanca sin quienes le enseñaron las alquimias éstas de la historia y la filología es muy poca Salamanca”<sup>4</sup>. No está mal, que diría Juan de Mairena, como homenaje poético al saber recibido, no precisamente al uso de nuestros días.

Con un expediente brillante y el Premio Extraordinario fin de carrera (1945), Alvar inicia, en tierras navarro-aragonesas, una serie de investigaciones de campo para su tesis doctoral. El paréntesis de Salamanca se había cerrado y otro se abría, largo y dilatado; esta nueva etapa, dedicada a la renovación teórica y metodológica de la disciplina, acabaría dando un giro radical a la Dialectología española. Y de aquellas primeras encuestas pirenaicas, otro nombre para el recuerdo: Mosen Feliciano, el cura de Banaguás, que era de Ciudad Rodrigo, que decía misa los domingos en Abay, que le apuntaba palabras en hojas de calendario, que vivía, nada menos, el heroísmo de la costumbre. Muchos años después, cuando aquel mozo sin bicicleta haya renovado la Dialectología románica, cuando haya recogido y estudiado miles y miles de palabras por toda la geografía hispánica posible, cuando su nombre sea referencia obligada y punto de partida, cuando sepan de él desde los Balkanes hasta la Tierra de Fuego, tendrá cerca otro mosen bueno, aunque de muy distinto talante: D. Marcelo Blázquez, extremeño de Serradilla emigrado en Nueva York, clérigo entendido en la picaresca de los delincuentes más temibles y amigo de los amigos de sus amigos. (“¡Que viva la Virgen del Puerto!” es su saludo telefónico...—“¡Que viva!” y sigue su hablar en torrente desbordado).

Las primeras investigaciones de Alvar dieron frutos inmediatos y reconocidos<sup>5</sup>. Tenía entonces veintidós años y salía al campo a cuerpo limpio. Treinta

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Ibídem, pág. 17.

<sup>5</sup> Entre otros: *Palabras y cosas en la Aézcoa*. Instituto de Estudios Pirenaicos, Zaragoza, 1947 [110 págs.]; “El habla de Oroz-Betelu”, *RDTP*, III, 1947, págs. 447-490; *El habla del Campo de Jaca*. Premio “Menéndez Pelayo” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1946. Universidad de Salamanca, 1948 [276 págs. con apéndice de láminas y mapas]; *Toponimia del alto valle del río Aragón*. CSIC. Instituto de Estudios Pirenaicos, Zaragoza, 1949 [111 págs.]; “Nombres de núcleos de población en el alto valle del río Aragón”, *Actas de la 1.ª Reunión de Toponimia Pirenaica*, Jaca, 1948, CSIC Zaragoza, 1949, págs. 25-34; “Voces prerromanas en la toponimia pirenaica”, *Homenaje a Urquijo*, III, San Sebastián, págs. 7-15;

años después se recordará a sí mismo como “aquel muchacho que empezaba a recoger palabras” y reconocerá que se encuentra lejos de aquel “modo de trabajar, de hacer las cosas, de encarar los problemas”<sup>6</sup>. Fiel, desde el principio, a su vocación de dialectólogo, y defensor de la Dialectología como disciplina indispensable, sus repetidos asedios a las hablas le irían demostrando que los métodos tradicionales, si se adaptaban a las exigencias de los nuevos tiempos, continuarían siendo un asidero válido e insustituible<sup>7</sup>. Con esta apertura, y sin negarle el carácter propio, Alvar le reconocía a la Dialectología su relación con otras disciplinas, aceptando la existencia de fenómenos y procesos lingüísticos que sólo pueden explicarse en la motivación de factores sociales, culturales o históricos. En tiempos de estructuralismos a ultranza, sólo quien se apoyara en la realidad de la lengua viva podía arriesgarse a considerar la imposibilidad de incluir en “estructuras cerradas” la complejidad que se acopia en las encuestas. El dialectólogo, conocedor de realidades, decidió aplicar nuevos conocimientos a la interpretación de los datos: con la fonología, por ejemplo, interpretó los hechos polimórficos allegados<sup>8</sup> en la transcripción fonética, y con la inclusión de las actitudes personales ante las propias hablas pudo acercarse a la participación del individuo en la evolución de la lengua. Todo esto favorecería el reconocimiento de una *dialectología sincrónica* bien diferenciada de la *lingüística descriptiva*, cuyo objeto era la lengua como un todo, más o menos instalada en las abstracciones<sup>9</sup>.

Y como la renovación verdadera no es ruptura, ni salto en el vacío, la Dialectología de Alvar no se apartaba de la tradición romanística, donde, precisamente, “los cuerpos doctrinales se han elaborado después de años de investigación sobre los documentos o en el campo: los hechos han creado su doctrina, no al revés”<sup>10</sup>. No es casualidad que fuera, precisamente, lo obtenido en las investigaciones de campo lo que permitiría al profesor Alvar revisar la teoría dialectal en boga y proponer reajustes decisivos. Para acercarse a algo tan importante como es el grado de certeza que puede tener el investigador ante la realidad del léxico dialectal, y frente al carácter “oficial” que indudablemente ofrecía el vocabulario recogido en los atlas de grandes dominios<sup>11</sup>,

---

“Los nombres del arado en el Pirineo”, *Revista de Filología*, II, págs. 91-133; “Materiales para una dialectología bajo-aragonesa”, *Archivo de Filología Aragonesa*, III, págs. 181-223.

<sup>6</sup> M. Alvar, *El envés*, op. cit., pág. 31.

<sup>7</sup> M. Alvar, “Estructuralismo y dialectología”, *Estructuralismo, Geografía Lingüística y Dialectología actual*. Madrid, Gredos, 1969 [16-33], pág. 19.

<sup>8</sup> Para casos concretos, cfr., M. Alvar, “Atlas lingüísticos. Fonética. Fonología”, *Estructuralismo... ya citado*, págs. 106-108.

<sup>9</sup> “Estructuralismo y dialectología”, ya citado, págs. 24 y sigs.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pág. 31.

<sup>11</sup> Cfr. M. Alvar, “La cartografía lingüística”, *Estructuralismo, Geografía Lingüística... op. cit.*, págs. 99-119.

Alvar propuso la conveniencia de los atlas regionales, capaces, entre otras ventajas, de permitir “el contacto con las gentes y el conocimiento del país”<sup>12</sup>. La limitación territorial hacía posible, además, el uso de un solo cuestionario, “reducido, en los grandes centros urbanos, a aquello que pueda ser conocido en la vida urbana”<sup>13</sup>; este cuestionario, de gran precisión fonética, no debía descartar “unos cuantos motivos de orientación fonológica”, garantía de la encuesta ideal que pueda favorecer la valoración posterior de los datos concretos. Asimismo, Alvar reflexionó sobre la idea del “explorador único”, preferido por él en un principio y más viable en los atlas regionales, pero él mismo la desechó más tarde; siempre atento a las realidades, sabía bien que un solo explorador reduce yerros y elimina discrepancias, pero alarga la investigación y retrasa los trabajos, razón de que llegase a aceptar el número de exploradores necesario en cada caso, siempre que no se repartieran el trabajo, pues creía “anticientífico y con resultado de valor muy dudoso el interrogar a sujetos distintos distintas partes del cuestionario”<sup>14</sup>. Por su parte, y en otro orden de cosas, ya las primeras encuestas pirenaicas le habían permitido observar una clara oposición hombre/mujer en el uso lingüístico (diferencias articulatorias, presencia/ausencia de arcaísmos, etc.), lo cual motivó otra de sus innovaciones más significativas: la inclusión de principios de sociología en la selección de los informantes, con la posibilidad de allegar materiales que hicieran posible la valoración de comportamientos motivados por razones de sexo, edad o nivel sociocultural. Y otro punto, aún: considerando que el habla de una localidad “tiene algo más que ciertas cuestiones de léxico general y otras de vocabulario campesino”, propuso la conveniencia de seleccionar informadores idóneos en determinadas parcelas de la lengua; estos informantes secundarios, conocedores y practicantes de cada oficio, permitirían completar la terminología de las pequeñas técnicas, propias de grupos específicos. Nada, en fin, quedó sin revisión. Cuando Alvar emprende su aventura andaluza para recoger los materiales del *ALEA*<sup>15</sup>, todos los fundamentos metodológicos de la disciplina habían sido ponderados y articulados en una nueva concepción de la Geolingüística que, aupada en los hombros de la veterana Romanística, renovaba sus criterios y se abría hacia nuevos horizontes.

A partir de ahí, para el español moderno e innovador, efectivamente, se abría una brillante etapa dialectal de estudios de campo, que vinieron, no a sustituir, sino a sumarse a lo ya iniciado por el maestro en sus años mozos,

<sup>12</sup> *Ibid.*, pág. 115.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pág. 126.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pág. 137.

<sup>15</sup> Anunciado un año antes con la publicación, por la Universidad de Granada, del *Cuestionario* correspondiente, enseguida aparece su “Proyecto de un Atlas Lingüístico de Andalucía”, *Orbis*, II, 1953, págs. 49-60.

pues nunca abandonó Alvar los estudios navarro-aragoneses que iniciaron su andadura. Creo no equivocarme si afirmo que, desde 1947, hasta el final de sus pasos, pocos son los años en que no aparecen trabajos importantes sobre estas hablas nororientales, tanto en sus fronteras, sus gentes o sus documentos históricos, como en la toponimia, las tradiciones o la literatura. Dos grandes proyectos complementarios cobijan este amor arraigado y permanente: a) el que acoge los numerosísimos trabajos de análisis lingüísticos, con el libro clásico que dedicó al dialecto aragonés<sup>16</sup>, y b) el *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*<sup>17</sup>, obra monumental en nueve tomos, anunciada en 1963<sup>18</sup>, cantera de realidades y testimonio fiel de las interpretaciones.

El dialectólogo había recorrido las tierras del norte, pero sabía bien, desde sus años mozos, los caminos de la lengua y seguirá su derrotero, sin desvíos ni vacilaciones. Hacia el sur, llegó pronto a la tierra de los pueblos blancos y de ella recogió, una a una, miles y miles de palabras, miles y miles de acentos<sup>19</sup>. De cara al mar, y sin que lo encandilase el sol, adivinó en las Canarias<sup>20</sup> el anticipo de la otra orilla, dibujada a lo lejos con nuevas lealtades: canario y español de América serían, para el profesor Alvar, junto a las viejas hablas peninsulares, ecos renovados de una misma lengua española, hermanadas sus diferencias en la unidad compartida. Peregrino en Indias, desde entonces y para siempre, una y otra vez recalaría en las Islas Afortunadas, que lo acogieron como hijo y que él hizo suyas en páginas memorables<sup>21</sup>.

Cuando, en 1968, el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico quiso actualizar los estudios lingüísticos, y, con ca-

---

<sup>16</sup> M. Alvar, *El dialecto aragonés*, Madrid, Ed. Gredos, 1953 [400 págs.]. Baste una referencia, ante la imposibilidad de la enumeración.

<sup>17</sup> Realizado con la colaboración de A. Llorente, T. Buesa y E. Alvar, Edit. La Muralla, tomos I-IX, 1979-1982.

<sup>18</sup> *Proyecto de un "Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón"*. Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1963.

<sup>19</sup> Precedido de varios trabajos elaborados con las encuestas realizadas, el primer tomo del *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía*, publicado por la Universidad de Granada y el CSIC, apareció en 1961, con 285 láms. y 287 mapas; tomo II, 1963; tomo III, 1964; tomo IV, 1965; tomo V, 1972; tomo VI, 1973.

<sup>20</sup> Sus investigaciones de campo en las Islas, dieron como resultado el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de las Islas Canarias (ALEICan)*, Ediciones del Excmo., Cabildo Insular de Gran Canaria, t. I, 1975; t. II, 1976; t. III, 1978.

<sup>21</sup> Para la obra realizada por Manuel Alvar sobre el español de Canarias, véase la "Bibliografía" correspondiente en: Cristóbal Corrales y Dolores Corbella, coordinadores, *Estudios de dialectología dedicados a MANUEL ALVAR*, con motivo del XL aniversario de la publicación de *El español hablado en Tenerife*, Instituto de Estudios Canarios en la Universidad de La Laguna, Confederación Española de Centros de Estudios Locales (CSIC), Serie, Monografía LXI, 2000, 256 págs. Reseña de este volumen: M. Vaquero, *La Torre*, Revista de la Universidad de Puerto Rico, en prensa.

rácter experimental, puso en marcha el entonces llamado “Instituto de Lingüística de Río Piedras”, dirigido en sus primeros años por Edwin Figueroa y después por Humberto López Morales, el profesor Alvar vino a nuestra Universidad, como profesor invitado, para hacerse cargo de los seminarios doctorales sobre Lingüística Románica y Dialectología. Anclados en la investigación clásica y prefonológica de Navarro Tomás, nuestros estudios recibieron entonces el empuje inolvidable del profesor Alvar, con su apoyo incondicional y generoso a todos nuestros esfuerzos. Aquel profesor serio, riguroso, correctísimo y puntual, de energía inagotable y dotes excepcionales de comunicación, podía, en un momento dado, y ante un público atónito, ofrecer sus anchas espaldas como pantalla luminosa donde las diapositivas articulatorias se iban proyectando, una a una..., mientras su voz, segura, aclaraba oscuridades... (“Ya se sabe; la técnica falla a todas horas, pero uno no debe fallar...”). Nos ayudó mucho, y ninguno de nosotros lo olvidó nunca. Volvió muchas veces a Río Piedras, la última en 1997 para participar en un programa especial a cargo de “Grandes Humanistas”, feliz ocasión para dictar conferencias, revisar proyectos, hablar con viejos amigos, recorrer de nuevo la antigua ciudad de San Juan, volver a contemplar el mar desde el viejo cementerio de Salinas o recordar, con su irrepetible sentido del humor, la furia de algún huracán descarriado, pues bien lo sabía: no todos los vientos son alisios en Boriquén.

Nada de la lengua española le fue ajeno al profesor Alvar entregado, no sólo a la cátedra y a la investigación, sino al diseño y creación de programas o a la dirección de nuestras más prestigiosas instituciones y revistas. En este sentido, y sin olvidar la dirección de la Real Academia Española, sólo un apunte especialmente significativo: ya en 1949 pertenecía al consejo de redacción de la *Revista de Filología Española*, a su cuidado más tarde, como director, desde 1981 hasta 1999.

Y junto al compromiso científico que, desde todos los ámbitos de su hacer, lo llevó a revisar la investigación lingüística, ninguna comunidad de hispanohablantes quedó fuera de su amor, ninguna etapa del idioma olvidada, ningún nombre decisivo silenciado. En su obra se cobijan las tristezas y alegrías sefardíes, las inquietudes moriscas, los ecos arábigo-andaluces, la precisión recia de los fueros, la gimnasia discursiva de los cronistas, el “pura Castilla” de México, los acentos canarios de Louisiana, las cadencias del Caribe, las lealtades de la Amazonia indígena, la política lingüística históricamente documentada, los problemas del español actual en sus contextos étnico-culturales..., la realidad del idioma, en fin, en su vastísima complejidad pasada y presente. Y como fondo unas veces, y otras en primer plano, en su obra caben y se ajustan las voces testimoniales de esta complejidad: Apolonio, D. Juan Manuel, el Romancero y la tradición oral, Colón, Bernal

Díaz y Castellanos, Lope y Calderón, Galdós, Unamuno y Gracián, Valle-Inclán, Caro Baroja, Guillén, Dámaso Alonso y García Lorca, Delmira Agostini y Rubén Darío, Asturias, Juan Ramón, Machado...

Su labor en América, de Argentina a Nueva York, de las Antillas a Nuevo México, ha sido enorme y constante. Ha sido labor de presencias generosas, de formación científica, de ayuda personal a estudiantes y estudiosos de todos los países, incluida la importante población de hispanos en Estados Unidos; ha sido, también, labor de apoyo a varias generaciones de alumnos que acudían entusiasmados a sus cursos de OFINES, de Madrid, y a su Curso Superior de Filología Española de Málaga, uno de los programas doctorales de verano más importantes, por ser realmente científico, que se han organizado en España en las últimas décadas. España nunca podrá agradecer al profesor Alvar su esfuerzo continuo a favor de la mutua comprensión entre nuestros países, fomentada en la convivencia y el intercambio prolongado de ideas más que en los fugaces destellos de los convenios ocasionales.

Y en América, junto a su incansable cátedra, itinerante y entusiasta, la investigación de campo. Después de poner en marcha todos los atlas peninsulares, y el canario, faltaba el gran proyecto geolingüístico del mundo hispánico: el *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*. El entusiasmo de Alvar era desbordante y contagioso: con los mapas físicos sobre una mesa enorme, la Cordillera de los Andes era para él, aquella tarde sofocante de Puerto Rico, un accidente sin mayores dificultades...; las tierras amazónicas, con sus hormigas crueles, una romería más o menos animada...; los páramos, una delicia de las alturas...; el Paraguay, ahí, a la vuelta de la esquina... No sé qué recuerdo con más claridad, si los ojos de Alvar por el hemisferio como si cruzara el patio de la casa, o la sonrisa de Elena, su mujer, al otro lado de la mesa, convencida sin inmutarse de que emprenderían juntos la aventura. Y así fue.

Los volúmenes del *Atlas de América* van apareciendo, espléndidos, impecables: el de la República Dominicana, el de Venezuela, el del español en Estados Unidos, el de México... Otros volúmenes aparecerán, todos en homenaje irreplicable a uno de nuestros más grandes y queridos maestros.

Descanse en paz.

San Juan, 8 de julio de 2002